

Luis Merino Reyes

Januario Espinoza y la juventud



A edad, la certidumbre de llevar consigo una obra casi cumplida, impulsa a los artistas y escritores a encerrarse en sí mismos o a quitar barreras a los hombres de otra generación para discutir y cotejar puntos de vista, rectificar conceptos y nutrirse tal vez con sus modalidades y pensamientos. El hecho, frecuente para bien de los intelectuales de un país, tiene una remota vinculación con la actitud del Rey David, deseoso de remozarse con la vida inmediata de la juventud.

No es éste el caso de Januario Espinoza, muerto al traspasar los sesenta años, pero viene a la memoria porque en la vida intelectual las jerarquías son cerradas y el concepto, demasiado atento, que todo artista mantiene y perfecciona sobre su propia personalidad, lo hace esquivar a quienes vienen a conocerlo y a pesar sus facultades. Las excepciones a esta regla son las dichas y de ellas será el reino de los cielos o para ellos, como se dice en actual y épico lenguaje, será la gloria eterna. En un país pequeño, como éste donde hemos nacido, cada escritor se economiza, está muy feliz de su repercusión, quiere guardar el secreto de su laborioso éxito o se transforma en esos ropavejeros del pensamiento que odian, a priori, todo lo que huele a renovación.

Contra esta última manera de ser, surge espontánea la figura generosa y cordial de Januario Espinoza que impulsa a

pensar en que los valores auténticos de cualquiera actividad humana no viven frenados por trabas de ninguna especie, frutos de la astucia o del resentimiento y en que, como tantas veces se afirma y nunca se practica, la inteligencia es sencilla, sin alardes, ni egolatría.

Conocimos a Januario Espinoza, al debutar como prosistas con un libro de cuentos que rechazó su sensibilidad y así lo manifestó con honradez públicamente. Nos pareció, al saludarlo, un hombre afectuoso y parco que temía haber causado una molestia con su comentario, digno, en todo caso, de ser agradecido. Después lo vimos raramente, le escuchamos algún discurso emocionado, sostenido sobre la arquitectura diáfana de sus principios ideológicos, nutridos de comprensión y de prudencia, hasta que, unos dos meses antes de morir, nos invitó para cambiar ideas bajo el techo de su hogar respetable y generoso, sin perros en la puerta.

Lo encontramos muy pálido y delgado, con esa moderación para hablar de sus propias dolencias que retrata a los seres cultos, perfectamente informados de lo próximo de su fin. Sus palabras no contenían ni desprecio ni envidia ni desazón para con nadie, a lo sumo esbozaban irónicas, alguna actitud extraña o disparatada. La sensibilidad moderna no lo afligía, en contrario quería imponerse de todo, compartir, entender, sin proyectarse iracundo contra lo que se ofrecía, a primera vista, desconcertante. De esta conversación franca y amable, salió una «silueta», como él las llamaba, exaltando una presencia literaria modesta con excesiva generosidad y comprensión. Entonces comprendimos que su último libro, relacionado con diversas personalidades políticas, se inspiraba tan solo en un impulso de efusión humana, de fraternidad y de justeza.

En nuestra próxima visita lo supimos dormido para siempre, como el trabajador que se acoge al descanso. Por la puerta entornada de su escritorio, divisamos su mesa, su máquina de escribir, sus innumerables libros...